



**FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLER**

Establecimiento Tipográfico y Librería de la Inmaculada Concepcion,
á cargo de J. Bataller.—Granollers.

INTRODUCCION.

«Una sociedad desquiciada, sacudida y encenagada en los vicios como la vieja sociedad romana cuando se colmó la medida de las iniquidades; los abismos, los diluvios superiores y subterráneos abriéndose por todas partes, y, en este furioso caos iluminaciones fosforescentes, apagadas todas las estrellas del cielo. Apenas una de estas que el ojo del hombre pueda percibir; nieblas pestilentes, exhalaciones impuras cada vez más densas, excepto sobre las elevadas cumbres, han oscurecido todas las estrellas del cielo. Fuegos fátuos que aparecen aquí y allí hacen veces de estrellas. En el arenal salvaje del caos, en el aire de plomo, nada más que bruscas iluminaciones de relámpagos revolucionarios; luego, nada más que las tinieblas con débiles apariciones del vano metéoro de la filantropía.»

Así esboza Carlile el cuadro del fin de un mundo en que se disuelven todos los elementos del Pasado, sin que se vislumbre nada de lo que constituirá lo Porvenir,—sin que un monte Ararat levante una verde cima más alta que las aguas del diluvio general.

011854

Todos los pensadores han experimentado esta impresion del caos y del desorden universal cuando se han esforzado por analizar las fases que atraviesa esta sociedad sumida en delicuescencia.

En realidad débese esto á que la Muerte es una lucha tan grande como la Vida. La Agonia es un combate como el Nacimiento. La descomposicion del sér es tan complicada como su formacion, y débese considerar la terminacion de la existencia como un cuadro tan colorido, complejo, variado, de tanto movimiento como la misma existencia.

Al parecer, la literatura ha experimentado tambien por efecto del aniquilamiento gradual el sentimiento de su supersticioso temor que sentian los paganos por las palabras de mal agüero: las palabras, tan numerosas, para expresar el nacimiento, el desarrollo, la expansion, son raras para esta larga serie de destrucciones finales que aleja más que no atrae las miradas superficiales.

Sin embargo, el estudio es apasionado y digno de tentar á inteligentes y patriotas. Para saber bien qué condiciones son necesarias para que viva una Patria, es preciso considerar atentamente cómo muere un mundo que ha formado poco á poco en esta Patria una aglomeracion que digamos de bacilos. Para conocer bien las necesidades primordiales del sér, necesitase saber cómo se llega al no sér, y pedir la que muere «el secreto de la vida» que san Antonio, segun la expresion de Flaubert, «procuraba sorprender, á la luz de las velas, en el rostro de los muertos.»

Nada hay tan instructivo como buscar el origen primero de las enfermedades que lenta, pero seguramente, gastan, degradan y arruinan poco á poco el organismo. Efectivamente, la palabra muerte repentina no significa nada y se

ignoran demasiado las enormes elaboraciones neceserías para producir lo que se llama catástrofe repentina. La desgregacion se realiza progresivamente, pero sin premura, y en la sociedad, confederacion de los hombres, como el hombre es una confederacion de tegidos, los comienzos del mal son siempre lejanos, ignorados y oscuros. Las cosas se caen del lado que se inclinan, esta es la ley: es una cosa insignificante en un principio, una perturbacion casi insensible, un grano de arena en el engranaje, luego el desorden parcial, después los resortes destrozados y el paro definitivo.

El cadáver social es naturalmente más obstinado y menos fácil de enterrar que el cadáver humano. Este, va á podrirse solo en el vientre del ataud, imágen regresiva de la gestacion; el cadáver social continua caminando sin que se note que es cadáver, hasta el dia en que el más leve choque rompe esta sobrevivencia artificial y muestra la ceniza en lugar de la sangre. La union de los hombres crea la mentira y la sostiene; una sociedad puede ocultar mucho tiempo sus lesiones mortales, disfrazar su agonia, hacer creer que está viva cuando ya está muerta y no falta sino enterrarla.....

Además, las sociedades no mueren todas de la misma manera.

«Algunas veces, dice Lacordaire, los pueblos se extinguen en una agonia insensible, que aman como si fuera dulce y agradable reposo; á veces perecen en medio de las fiestas y de la orgia, cantando himnos victoriosos y llamándose inmortales.»

Lejos la Francia de resignarse, ó mejor aún de recogerse, concentrarse en sí misma, intentar su curacion, pues Dios, dice la Escritura, hizo sanables las naciones, parece

querer acabar en la apoteosis teatral; ensalza su decadencia con vanidosa ostentacion, con charlatana y delirante jactancia que no tenia en los dias felices de su fuerza y esplendor.

Recibimos afrenta sobre afrenta; Alemania hace disparar tiros á nuestros militares en la frontera, Italia nos arrima la cox del asno, Europa se reparte ya nuestros restos, la Invasion llama á nuestras puertas y la Bancarrota se sienta en nuestro hogar; nos abruma una deuda de treinta mil millones; las fábricas se cierran, nuestra agricultura está arruinada, nuestros industriales ven como poco á poco se les escapan todos los mercados del mundo.....

Nosotros, hijos de Francia, quisiéramos que nuestra madre tuviese, á lo menos, una actitud digna ante esas pruebas. Los Cosmopolitas, que se nos han sustituido, hacen á todo esto oídos de mercader; su deseo absoluto es que Francia se cubra de ridículo ante el universo; es necesario que esta nacion tan cruelmente humillada, sea grotesca por añadidura, y que declare, riéndose de ella todo el mundo, que jamás fué tan grande, tan poderosa, tan temible y tan rica.

La torre Eiffel, testimonio de imbecilidad, de mal gusto y de tonta arrogancia, se levanta expresamente para proclamar esto hasta al cielo. Es el monumento—símbolo de Francia industrializada; se la destina á ser insolente y bestia como la vida moderna y aplastar con su estúpida altura todo lo que ha sido el París de nuestros padres, el París de los recuerdos, las antiguas casas y las iglesias, Nuestra Señora y el Arco de Triunfo, la oracion y la gloria.....

Este vanidoso delirio, al que sucede á veces la *Modorra*, es una de las formas en cierto modo históricas de la agonia de las sociedades. Así fué Bizancio: luego que un em-

perador habia sido derrotado por los Avaros, los Búlgaros ó los Godos, habia comprado ignominiosamente á precio de oro una tregua de algunos años, ó cedido algunos trozos de su territorio, continuamente reducido, entraba en Constantinopla, vestíase el traje del triunfo como los Scipiones y los Marios, y todo un ejército de histriones, que le salia al encuentro, cantaba himnos en su honor.

Nadie se asombraba, como tampoco se asombran los Parisienses por ver levantado en frente de las Tullerías el monumento de Gambetta. Los extranjeros rien á carcajada suelta cuando ven estas estatuas ridículas, estas alegorías de un cómico desgredado; esta Democracia, lanzando el rayo y sentada sobre un leon feroz que sirve de remate á la imágen del hombron, que jamás lanzó el rayo y que nada devoró durante la guerra, á no ser unas cuantas comilonas sabrosas.

El París actual, tan perspicaz y tan inteligente en otros tiempos, no comprende lo que de inverosimilmente burlesco hay en el espectáculo de este país que tributa á un gitano (bohémio) italiano que no ha hecho sino tontadas é inconveniencias y que nos lleva á la ruina, homenajes que no se ofrecian antiguamente ni áun á generales victoriosos. Esto corresponde á un estado de ánimo general, á un acuerdo tácito, á una especie de resolucion inconsciente de no raciocinar por no entristecerse, por no estar obligado á hacer algunos esfuerzos.

Esta literatura correrá como un rio de mentiras, fanfarronadas é ineptias durante todo el año 1889. Repetirásen en todos los tonos, que la Francia de san Luis, de Enrique IV y de Luis XIV era una tierra de salvajes y que, para fecundarla, se ha necesitado la sangre de los cadalsos del Terror.

Tocante al concepto intelectual, legará este Centenario á

lo Porvenir inestimables documentos acerca del periodo de locura declamatoria y blasfema por que pasan ciertos pueblos antes de su desaparicion.

Carnot, con su cabeza lúgubre, es exactamente el hombre de la situacion, es á maravilla el hombre de esas pompas, de esas pompas fúnebres: enterrará la Francia revolucionaria, envuelta en un viejo lienzo remendado, en la fraseología especial de la especie carnótica, y los Prusianos estarán ya en Chálons, que se seguirá oyendo flotar en el aire el eco de estas frases sonoras: «La hégira de la libertad, el nuevo Sinai, la regeneracion de la humanidad, la fraternidad de los pueblos, las luchas pacíficas del trabajo, la Francia faro de las naciones.»

He titulado mi libro: *el Fin de un mundo y no el Fin de un pueblo*; porque, en efecto, las demás naciones están casi tan enfermas como nosotros.

Nosotros agonizamos en un jergon, en un aposento sin muebles ya, del que poco á poco se han quitado, al mismo tiempo que los valores y el dinero, todas las reliquias de lo Pasado, todo lo que hablaba al alma, todo lo que recordaba la vida de los antepasados. Los Rothschild comenzaron por vaciar los cajones, Hérold ha descolgado el crucifijo, los judíos Vanderheim y Bloche quedaron encargados, por iniciativa de Lockroy, de vender los diamantes de la Corona.

Austria se pudre en una cama de respeto con magnificas colgaduras que tapan la luz y que las polillas están á punto de carcomer.

En el fondo, está más enjudiada todavía que nosotros. Rothschild reina allí con más ceño que entre nosotros, porque le contienen algo el miedo de las iras populares, el espanto vago de un despertar al que empujan los escritores

de recto corazon. El triunfo de Israel fué la entrada en la Hoffburg de Viena de la baronesa de Rothschild. Para ello, la baronesa se habia mandado hacer un traje como el de la Emperatriz á la que aplastó con el brillo de sus diamantes. «Es la Sosie de la Emperatriz,» dijo el Emperador, y no pudo decir sino esto y quedó desarmado ante tanta insolencia (1).

En Viena, como aquí, está la prensa exclusivamente en manos judías. El ministro Taaffe, que se atreve á llamarse conservador, traiciona descaradamente á su Señor; tiene por jefe de su oficina de la prensa, un judío llamado Freiberg; los órganos oficiosos, el *Fremdenblatt* y la *Presse* pertenecen á judíos.

En marzo de 1888, Pattai, un diputado animoso, como desgraciadamente no los tenemos en Francia, donde los diputados conservadores interrumpen á Laur cuando denuncia los acaparamientos monstruosos de Rothschild, dibujó un aflictivo cuadro de esta monarquía entregada á todas las exacciones judías. En un bellissimo arranque, recuerda al final de su discurso el vergonzoso estado en que ha caído nuestra desdichada Francia, en la que el Juivaillon Simon llamado Lockroy pone en pública almoneda las joyas de la Corona, para hacer que ganen algun dinero los corredores de diamantes del café de Suecia.

Los preopinantes, decia el diputado estirio, han denunciado los favores ilegales de que disfrutaba de parte de las Compañías de ferro-carril la refinería de petróleo (léase Rothschild

(1) Habiéndose permitido algunos meses ántes el archiduque Carlos Luis, hermano del Emperador, ir á visitar los invernáculos del baron de Rothschild, el Judío habia despedido á su jardinero por haber dejado entrar el príncipe en su casa estando él ausente. Después de esta impertinencia hecha á su propio hermano, concede el Emperador á los Rothschild honores que rehusa á tantas personas honradas.

de Viena) de Fiume. La respuesta ministerial habria debido, por lo menos prometernos una instruccion acerca de este asunto, con tanto mayor motivo en cuanto tenemos aqui, en el recinto parlamentario, un interés particular en mirar de cerca lo que sucede en esa refinería, que es propiedad de la casa de Rothschild, ó á lo menos está dentro de la órbita de sus intereses personales. Precisamente en dicha refinería se usan procedimientos tales que ya, el año pasado, el diputado Steinwender pudo denunciar aquí, en pleno Parlamento, la casa de Rothschild y sus acólitos entregados á fraudes aduaneros. (Movimiento).

El diputado Schœnerer se levanta y grita: "¡Por esto se les ha dado ahora un asiento en la Cámara!"

Se acaba de decir—continua M. Pattaï—lo que yo iba á manifestar; he querido exponer que los Rothschild no han quizás obtenido el asiento en la Cámara sino á título de recompensa por la paciencia de burro de reata con que—conformándose esta vez con los principios del Evangelio—sufren todas nuestras requisitorias de estos dias pasados. (Fuertes aplausos).

A la verdad, esta casa parece estar destinada, por su fortuna, á ser el punto de cristalización del Capital completo, y llevar *ad absurdum* todo nuestro antiguo orden social. No le basta á esta casa poseer todas las minas de mercurio en España, las minas de diamantes del Cabo, los más bellos castillos y casas de recreo de Francia, los *latifundia* de Alemania y Austria; no; quiere todavía expropiar nuestra hermosa Stiria.

Nuestra verde Stiria, cuya situación conozco yo muy bien y á la que pertenezco por mi cuna y mi educación, será expropiada, sin que uno haya advertido el más mínimo peligro.

En la Alta Austria, el diputado liberal de Linz declaró, cuando la última elección complementaria, que la Alta Austria nada tiene que ver en cuestión judía. A los quince dias, el judío Marcos Hallaender, quien por sus manejos fraudulentos y corruptores, estaba en camino de arruinar *valles enteros*, era delatado á los tribunales, y, gracias á Dios, condenado. Los judíos os convertirán en conserges y porteros suyos y lo tendreis bien merecido los que habeis derribado las barreras y les entregásteis nuestras puertas y cerrojos. Quien observe con atención nuestra monarquía, puede averiguar claramente que descendiendo, grado, por grado, en la esfera de esta sociedad. En el joven imperio vecino, que es nuestro hermano, todo promete un sano porvenir hacedero, mientras que nosotros nos mo-

vemos en una atmósfera pestilente que permite á las plantas venenosas crecer y desarrollarse.

Harto á menudo nos preguntamos indignados ¿dónde están nuestras tradiciones históricas, dónde está nuestro antiguo orden social, tan respetable ya á causa de su antigüedad, tradiciones que podríamos oponerlas como un dique; ¿qué se hicieron nuestras antiguas é ilustres familias aristocráticas, que de generación en generación eran los grandes testimonios de nuestra historia? Una parte degenerada de esta aristocracia baila cínicamente alrededor del carro triunfal del nuevo Emperador, el Emperador del Becerro de Oro (*frenéticos aplausos*); otra parte de nuestra aristocracia se emboza en muda resignación para justificar las palabras de Goethe: "Lo incomprendible es aquí una realidad.," Continúa, continuad por esta senda, y pronto llegaremos á vender en pública almoneda, como en Francia, los diamantes de la Corona de Austria. Arrancad pues los últimos girones de vuestros antiguos escudos para cubrir nuestro oprobio.

Para esta monarquía que se derrumba putrefacta no es al parecer posible ninguna esperanza de restablecimiento.

El príncipe heredero, el archiduque Rodolfo, extraviado por los malos consejos, lleva una vida vergonzosa. En pleno Reichsrath, otro diputado anti-semita, Pernerstorffer, dijo en voz alta, á propósito de una ley relativa á las exenciones de los estudiantes de las universidades, lo que en Viena se decia en voz baja.

¿Qué es eso? gritó, ¡vituperais excesos de nuestra juventud universitaria de la clase media! Sin embargo debeis saber la historia de *ese joven gran señor, puesto en sitio muy elevado*—quien, al acabar una innoble orgía con sus compañeros de libertinage, de elevada alcurnia también, les ha llevado *al cuarto de su esposa*.

Todos conoceis á ese gran señor. Y no sabeis esta otra historia, siempre de un gran señor, *puesto en sitio muy elevado*, caracoleando en el campo con sus amigos,—todos de elevadísima alcurnia—y viendo llegar un cortejo fúnebre. Toda aquella cuadrilla de ginetes obligó al cortejo á detenerse para que pudieran todos saltar á caballo por encima del ataúd, lo que

parecía divertirles.» (Movimiento de indignacion en toda la Cámara) (1).

Este heredero de la corona del Santo Imperio que lleva compañeros de orgía al cuarto de su esposa, observado, no debía hacer más que portarse algo honradamente, para que sus súbditos le amaran y respetaran.

El pueblo austriaco es bueno. Cuando las fiestas dadas por el matrimonio del archiduque Rodolfo y de la princesa Estefanía, precisamente me encontraba yo en Salzbourg, la blanca y coqueta ciudad que refleja poéticamente el Salzbach, frente del sombrío Moersberg, sus galerías de las que cuelgan vides vírgenes de brillante color encarnado.

Nada tan encantador como el aspecto del salon, donde todas las clases de la sociedad, unidas en un mismo amor para la familia reinante, banquetean juntos como en la Francia de nuestros antepasados. Jefes, soldados, menestrales, obreros, mujeres elegantemente vestidas, ó con sencillo traje de percal, están reunidos en el Kursaal. Las jóvenes bailan alegremente en presencia de sus madres que las miran con orgullo. Después de cada vals, pasaban los danzantes, dándose las manos, delante del busto del Emperador y de la Emperatriz de Austria, coronados de hojas y puestos bajo dosel.

Ahora parece que los príncipes toman á pechos cooperar á la Revolucion y destruir todo sentimiento de respeto y adhesion en las almas. Al cabo de algunos años, el archiduque Rodolfo dejaba á su mujer y vivía públicamente con una judía llamada Stern, que daba á luz un niño el mismo día en que la princesa Estefanía daba á luz una niña.

(1) ¿Quién extrañará, después de esto, el trágico fin del impio archiduque Rodolfo? (N. del T).

¿Debe álguien asombrarse de que las simpatías populares se desviarán de un príncipe que hacia alarde de sus vicios con tanta desfachatez? (1)

El Emperador Francisco José no habia perdido nada del cariño de sus pueblos después de Solferino, después de Sadowa; pero luego que se vió que el soberano favorecía á los Rothschild, aprobando todas sus jugadas de Bolsa, aplaudiendo sus tentativas para explotar á los trabajadores y arruinar la industria nacional, á fin de enriquecerse más, estuvo perdido todo y los corazones se alejaron por siempre del jefe de Estado, que tan mal comprendía sus deberes. »¡Qué! dicen los de la clase media; ¡vos no concedéis la entrada en la Cámara á cristianos como nosotros, porque no tenemos diez cuarteles de nobleza y admitís á personas que no son de vuestra religion, y que dos generaciones anteriores á ellos se pudrian todavía en la mezquindad de los ghettos! ¡Permitís que vuestro Koloman Tisza venda á Israel, en buena moneda contante y sonante, honores que negais á familias que, desde siglos, sirvieron leal y honradamente á la monarquía!» (2)

(1) En lugar de dar gracias á Pernerstorffer por haberle mostrado la indignidad de su conducta, quiso el archiduque Rodolfo hacer apalear al enérgico orador.

«Ayer, 25 de febrero, dijeron todos los periódicos, se presentaron dos individuos en casa del diputado Pernerstorffer y pidieron hablarle; luego que estuvieron á solas con él, se le echaron encima y le molieron á golpes; después huyeron y pudieron desaparecer sin que se les molestara. Las heridas del señor Pernerstorffer son leves.

»La causa de esta agresion es evidentemente el trozo del reciente discurso de este diputado en el cual aludia á los escándalos de ciertas personalidades aristocráticas.»

(2) «El Emperador que no es descortés sino un ánimo débil engañado indignamente por sus ministros, está muy afectado por el modo con que ahora le desprecian todas las clases sociales. Dícese que á consecuencia del discurso de Pattai, tuvo un átomo de pudor, y que dijo á Tisza: «Me cubrís de infamia.» Al salir Tisza del despacho imperial, se encogió de hombros y murmuró: Más me han pagado los Rothschild por su asiento

Nada más sensato, pero nada al propio tiempo más completamente inútil. Soberanos y grandes señores tienen el amor del judío, están hechizados, han bebido el filtro misterioso; aman á los que les ridiculizan, les difaman y les traicionan y sólo tienen indiferencia para sus defensores.

Léase el siguiente hecho (1).

Cuando la archiduquesa Estefanía estuvo de paso en París fué al cementerio del Padre Lachaise, donde depositó en la tumba de Enrique Heine una corona con esta inscripcion: *La Emperatriz de Austria á su poeta favorito.*

La Emperatriz profesa culto al poeta del *Intermezzo*. Cada dia lee sus gloriosos poemas. En su entusiasmo, deseó conocer los parientes más cercanos del poeta difunto. En Hamburgo, fué á visitar la hermana menor de Heine, la baronesa Embden, que es la madre de la princesa de La Rocca, y la abuela del duque de Perdifumo.

La Emperatriz ofreció á la baronesa Embden un medallon guarnecido con diamantes con sus iniciales, y á su hijo un alfiler con las iniciales imperiales en diamantes. Antes de despedirse de la baronesa Embden prometióle la soberana que la primera persona de su familia que pasara por París iría á depositar una corona en el sepulcro de Heine.

La archiduquesa Estefanía cumplió lo prometido por la Emperatriz, y fué á ofrecer el recuerdo de la soberana á las cenizas del gran poeta.

Abramos, pues, las obras de Enrique Heine, y busquemos lo que pudo mover hasta tal extremo el corazon de la Emperatriz de Austria. Hé aquí precisamente una composicion llamada: *María Antonieta*; es evidentemente la que habrá conmovido á la soberana.

que no me pagaría el Emperador por cincuenta años de servicios. A estos soberanos les sirve uno con gusto, porque son más poderosos que el Emperador.»

(1) *Gaulois*, 11 de setiembre de 1887.

Como brillan alegremente en el palacio de las Tullerías los cristales de las ventanas, y, no obstante, vuelven allí en mitad del dia los espectros de pasados tiempos.

María Antonieta reaparece en el pabellon de Flora; levántase á la mañana con severa etiqueta.

Damas de honor de gala. La mayor parte están de pié, otras sentadas en taburetes, con faldas de raso ó de brocado de oro, con adornos de joyas y encajes.

Su talle es delicado: las faldas de tontillo se ahuecan y sus bajos tocan delicadamente los lindos y pequeños piés de elevados talones: ¡ah! si solamente tuviesen cabezas.

Pero, ni una sola tiene la suya: la misma reina no la tiene, y por esto no está rizada Su Majestad.

Si, la que con su peinado alto como una torre, podía portarse tan orgullosamente; la hija de María Teresa, la nieta de los Césares alemanes.

Debe volver ahora sin rizos y sin cabeza, entre nobles Damas no rizadas é igualmente decapitadas.

Hé aquí las consecuencias de la Revolucion y de sus malditas doctrinas. J.-J. Rousseau, Voltaire y la guillotina tienen la culpa de todo esto.

Pero, ¡cosa rara! creo casi que las pobres criaturas no se dan cuenta de que están muertas y de que perdieron la cabeza.

Todas estas personas se remueven absolutamente como en otro tiempo: ¡qué insulsa importancia se da esta chusma!

Las reverencias decapitadas hacen espeluznar y reír al mismo tiempo.

La primera de las azafatas se inclina y presenta una camisa de linon, la segunda la entrega á la reina y ambas se retiran con una reverencia.

La tercera y la cuarta dama se inclinan y arrodillan delante de Su Majestad para calzarle las medias.

Una señorita de honor llega y se inclina trayendo el traje de mañana; otra señorita se inclina y presenta el zagalejo á la reina.

La camarera mayor de palacio está allí; con su abanico se refresca su cuello de alabastro; y, no pudiendo hacer otro tanto en la cabeza, sonríe con la espalda.....

Al través de las colgaduras de las ventanas, el sol desliza curiosas miradas, pero al ver la escena de los espectros retrocede espantado..

La visita de la Emperatriz de Austria á la hermana de Enrique Heine, en semejantes condiciones ¿no es tambien una excelente nota moderna?

Los defensores de las antiguas monarquías, los fieles y que respetan las cosas augustas de otros tiempos, mueren afligidos, desilusionados, olvidados; se han frustrado todas sus esperanzas, ha sido estéril el esfuerzo de toda su vida; en reducido aposento, cuyos muebles pregonan ya lo que es, donde todo respira miseria decente, la postrera mirada de estos vencidos descubre la compañera amada, pobre anciana que va á quedar sin recursos, alguna honrada y linda hija que no tendrá un céntimo de dote.....

Ninguna princesa imperial ó real subirá jamás la tosca escalera que conduce á aquella habitacion, ninguna soberana traspasará jamás aquel umbral para decir á aquella jóven: Vuestro padre fué un desinteresado y valiente, fué el campeón obstinado de las causas perdidas, yo he leído sus libros y vengo á daros las gracias en nombre de los reyes.»

La escena cambia desde el momento que se trata de una reina á quien no se puede ya rizar porque está decapitada y de su azafata reducida á hacer reverencias con su espalda..... A la hermana de tal ó cual escritor, el medallon con la inicial imperial, al sobrino el alfiler guarnecido con brillantes, al poeta muerto la corona..... Cómo reirías en el sepulcro, gran burlon, sino vieras de vez en cuando, asomar el castigo bajo la forma de tres pesadas columnas consagradas por Wolff para hacer su panegírico.....

No quisiera yo, por otra parte, contrariar á la Emperatriz de Austria, si le parece divertido que los revolucionarios cor-

ten la cabeza á su hijo y á su nuera y que los judíos compongan versos jocosos sobre tal asunto.—Esto le atañe más á ella que á mi.

Al principe se lo digo todo esto.

Ni siquiera tengo dificultad en confesar que esta irónica *selicha* acerca de Maria Antonieta es una obra maestra de artística ferocidad. ¡Con qué atroz gracejo se divierte el judío con el suplicio de una reina! ¡Qué excelente hermano es el poeta delicado, el parisien refinado, de los Youddis mugrientos, de los Youddis de bucles de la Galitzia que, reunidos por algun asesinato ritual, se miran riendo, mientras que por la llaga abierta de la víctima, sale, pura y encarnada, la sangre cristiana destinada al dulce pan del Pourim.

No es el grito brutal del seccionario armado con picas: «A la guillotina la Austriaca!» Es más fino, pero más siniestro tambien. La ironía de este judío que tiene mil ochocientos años de hiel recocida en el corazon, se abre al espectáculo de esos agujeros sangrientos, de esos cuellos de patricias en los cuales el hacha del verdugo ha hecho ancha herida, á la vista de esta gran dama que, con su abanico, refrescaba su cuello alabastrino que termina con una llaga abierta.

Es todavía una vez más el judío con el terrible odio que no brilla, y que, aún saciado, apenas si deja traslucir un relámpago de rápida felicidad en sus ojos de gacela mojada del Semita, tan expresivos y tan tristes; es la eterna parodia, la Misa Negra celebrada, no ya en el arenal en la Edad Media, sino sobre ruinas de palacios arruinados y de castillos incendiados,—la Misa Negra con las bromas impías, la señal de la cruz con la mano izquierda, el Evangelio leído al revés ó puesto sobre las caderas de una bruja. Es Luis Halevy escogiendo los mitos inmortales de Grecia como te-

mas de operetas obscenas; Offenbach tomando un cántico, poniéndolo fuera de tiempo y dándole aire de can-can.....

Je la vois
Entr'ouvrant ma tombe
Et sa voix
M'appelle et j'y tombe.
Hélas! quelle douleur
Remplit mon cœur!
De crainte et d'horreur! (1)

Así cantan seres de corazón puro, evocando en el fondo de un santuario la visión grandiosa y terrible de la Muerte y de la Eternidad. Offenbach lo oye, lo acompaña, quizás como organista, sueña inmediatamente en disfrazarlo y parodiarlo y ha encontrado el aire de un coro de opereta.

Mais rien ne vaut á mes yeux,
Un joli petit bézigue á deux.

Endosa esta especie de cántico al través de la caricatura de una leyenda, la tierna leyenda de la esposa perseguida del palatino Syffrid, la dulce Genoveva de Brabante que, víctima de las calumnias de Golo, vivió diez años en el fondo de un bosque, debajo de una choza de ramajes.

Con el instinto de su odio á todo lo que inspira nuestro respeto y nuestro entusiasmo, con su necesidad de blasfemar, posee esta raza indisputablemente un don particular de coger el lado grotesco de toda cosa conmovedora y bella. Escritores y artistas continúan siendo vendedores de lentes

(1) Yo la veo—Entreabriendo mi tumba—Y su voz—Me llama y caigo en ella. ¡Ay! ¡qué dolor!—Llena mi corazón—De temor y de horror.

especiales de cristales sucios ó extraños, de vidrios hechos á imagen de su cerebro desequilibrado, y, merced á los cuales, todo en la tierra aparece deforme, sucio, incoherente, extravagante y estrambótico.

Excepto una satisfacción de mal género no experimentan los judíos ninguna alegría en semejante tarea. Cuando Halévy escribe sus obras más bufas, tiene sobre su mesa el revolver con el cual Prévost Paradol se levanta la tapa de los sesos. Obedecen á una especie de impulso irresistible, á una trepidación enfermiza que les impide estar tranquilos y dejar que lo estén lo demás. En Rumania se ven á veces las sinagogas iluminadas de noche: son judíos que se arrastran por la conquista de capitales cantando y bailando frenéticamente el galop de *Orfeo en los Infernos*, (*Orphée aux Enfers*).

Así es la raza; destinada á terminar en todas las epilepsias, en todos los astritismos, en todas las demonías. El judío se agita como los desdichados que padecen el mal de la corea, se remueve continuamente como aquellos á quienes se comen los sarpullidos, trabaja sin cesar del cerebro como las personas que padecen de neurosis.

Charcot os explicará en otros términos eso que yo os digo. «Los Semitas, dice (1), tienen el privilegio de presentar en grado considerable todo lo que puede inventar el arthritismo, todo lo que puede inventar la neurosis y sería un trabajo muy interesante el que se hiciera estudiando especialmente las enfermedades de una raza tan original como esta de los Semitas que ha desempeñado un papel tan grande en el mundo desde la antigüedad hasta nuestros días.»

Charcot tiene razón y sería semejante estudio de grandí-

(1) Lecciones del martes en la Salpêtrière, 15 noviembre 1887.